

Tres poemas de Claudio Elizabide

1er. año de Ciencias Políticas Fac. de
Ciencias Políticas y Sociales

QUISIERA HABLAR

Quisiera hablar de las hermosas flores
que cubren los campos de la tierra.

Quisiera hablar de esas criaturas
que juegan en las plazas
de ciudades remotas,
y aseguran porvenires al mundo.

Quisiera hablar del hombre
que levanta montañas,
que construye bastiones,
que lucha de verdad y heroicamente
para salvar al mundo del caos al que se aboca,
y que jamás recibe ninguna recompensa.

Aunque nadie lo crea,
y aunque yo no lo crea,
¡quisiera hablar de tantas cosas!
Si tiene algún valor mi voz
quisiera levantarla enormemente
y decir a los hombres que hay belleza,
que todavía se puede crear un mundo nuevo,
que todavía hay esperanza
y quizá redención.

Sin embargo, al buscar en mí mismo,
sólo encuentro dolor,
sólo rencor encuentro.
Sin embargo, al buscar en vosotros,
sólo encuentro apatía,
frustración sólo encuentro.

Sé que no puedo reprocharos nada,
que lo que hacéis debo aceptarlo,
pero entonces no me pidáis
que hable de belleza,
ni de hermosos paisajes,
ni de futuros nuevos,
yo no puedo hablar de todas esas cosas
ni esforzar mi voz para cantarlas,
cuando encuentro a mi lado
tanto dolor y odio
y rabia contenida,
tanta palabra inútil pronunciada
que ofende al que la escucha.

No, yo no puedo hablar de la belleza todavía.

CON LA MANO EXTENDIDA

Non, je ne regrette rien.

¿Por qué no siento nada?
¿Por qué pasan los días y las noches
enteras y yo no siento nada?
El más mínimo goce,
la más leve alegría
estoy dispuesto a recibir,
pero no los encuentro.
Tampoco hay cataclismos,
ni lutos que me agiten
y nada logra ahora
sacudirme un instante.
En esta vida submarina
llevo ya tantos meses
que no puedo dejar de sentirme vacío.
¿Quién puede darme algo?
(No soy más que un mendigo.)
¿Quién puede darme algo
que me sacuda fuertemente,
que disipe el letargo en que agonizo?
¿Quién puede darme algo
que me reviva aunque sea un poco . . . ?



PEQUEÑA PROMESA

Aprenderé a llorar sobre las piedras grises
que tienen las aristas rotas
y me hieren la frente.

Aprenderé a gritar tu nombre
en las noches de insomnio
para cubrir con él mis soledades.

Aprenderé a deshacer mis bailes
para aguardar inmóvil
las caricias que quizá me darás.

Aprenderé a ordenar el silencio
en gruesos haces que parezcan cirios
y que algún día encenderemos juntos.

Aprenderé trabajos de artesano
que templarán largamente mis dedos
para darte caricias sin sospecha.

Aprenderé a herir con filos de navaja
los puntos de mi cuerpo
que buscan tu contacto.

Aprenderé para siempre aquello que me pidas,
y aunque nunca me llegues a querer
hoy debo prometerte que todo aprenderé.